

Este fragmento narrativo pertenece al segundo tomo de los “Episodios de una guerra interminable”, *El lector de Julio Verne*, novela que Almudena Grandes publicó en 2012. Concretamente se sitúa como cierre del tercer capítulo de la primera parte de la novela (I-1947), tal como evidencia su conexión con el argumento de la obra.

El protagonista todavía no ha comenzado sus clases de mecanografía en la casa cuartel con las Mediamujer, por lo tanto, no ha conocido el mundo femenino del cortijo ni a doña Elena. En cambio, se constata en este fragmento que la etapa vital que se cierra con esta secuencia narrativa coincide con la fase de descubrimiento y, tal como revela la precisión cronológica (14 de enero), concluye el primer año del Trienio del Terror pues Nino acaba de cumplir diez años.

Asimismo, las dos últimas líneas cumplen una función anticipatoria, que suele marcar un engarce interno entre las partes de la novela, y dan idea clara al lector de que nos encontramos, al menos, ante un final de capítulo.

Por lo que respecta a la **técnica narrativa**, las voces que en este pasaje intervienen son las de Nino como narrador y como personaje, junto con la de su padre, Antonino Pérez. Sin duda, es la voz de Nino como narrador interno la que mayor relevancia adquiere porque en primera persona cuenta sus propias vivencias y actúa como contador interno en una narración autobiográfica en la que interviene como personaje protagonista. Las marcas textuales que justifican esta tipología son, entre otras muchas: “*pregunté*” (l. 1), “*colocándome*” (l. 3), “*mi padre*” (l. 11). Pero, tampoco debe pasarse por alto la desviación que se produce a partir de la línea 15 ya que el narrador que es Nino echa mano de la tercera persona (“esperó”), como si de un narrador selectivo se tratase para contar lo dicho por su propio padre.

La focalización es interna, es decir, los hechos los conoce el lector a través de la mirada inocente de un niño de diez años. Las líneas más reveladoras en este sentido son sus comentarios infantiles entre guiones parentéticos (ll. 24-25): “adiós a los coches de carreras, adiós a una casa como el molino viejo, adiós a los trucos de los hombres solos que no se casan nunca”. Los ojos subjetivos que ven son cándidos porque Nino todavía se halla en proceso de formación o de maduración personal. Todo su relato se presenta de modo retrospectivo como rememoración de un narrador adulto desde su presente, capaz entonces de adelantar ante el lector lo que el propio personaje en tanto niño aún desconoce: “En eso llevaba razón aunque él aún no lo sabía. **Y yo tampoco**” (líneas 29-30). Otros puntos de vista serían el del narrador adulto, acaso ejemplificada en la línea 11 (“dijo, con una sonrisa que no logró disipar del todo la preocupación de ser mi padre”) o en las líneas 29 a 30, y la visión del padre de Nino recogida en las líneas 16 a 18. Esta variedad justifica, por tanto, la

técnica moderna del multiperspectivismo que aplica Almudena Grandes en su novela.

En cuanto a los tipos de discurso que permiten conocer las palabras y los pensamientos de los personajes, cabe destacar el estilo indirecto propio de la narración: “esperó una semana para **anunciar** [...] **que** llevaba mucho tiempo pensando en mí” (líneas 16-17). Además, en este fragmento los diálogos adquieren la misma importancia que las partes narrativas para mostrar de modo inmediato una escena familiar de la vida cotidiana, gracias a la cual el ritmo de la narración no es lento ni rápido sino equilibrado porque hace coincidir el tiempo de la historia y el tiempo del discurso. Un ejemplo de monólogo citado destaca en las líneas 24 a 25 porque entre guiones accede el lector a los pensamientos de Nino sin que estos hayan sido verbalizados. Se trata de un tipo de discurso similar al de la psiconarración en boca de un narrador omnisciente, con la diferencia de que en esta ficción autobiográfica Nino tan solo puede dar cuenta de sus propias reflexiones pero no de las de cualquier otro personaje ya que sus conocimientos son limitados. Y, por último, entre las líneas 16 y 18 puede apreciarse un ejemplo de discurso indirecto libre en tanto irrumpen el pretérito imperfecto y el condicional al tiempo que las estructuras sintácticas se vuelven bastante reiterativas: el modo de hablar del narrador se contagia, pues, del estilo de otro personaje, en este caso, de su padre como revela la mayor expresividad y el énfasis puesto en esas líneas.

En lo que concierne a la caracterización de los personajes, el **padre** de Nino urde un plan B de futuro para su hijo por lo que revela su preocupación casi obsesiva al constatar que no alcanza la estatura adecuada para ser guardia civil, tal como sería su sueño. Destaca su talante empático porque comunica con delicadeza a Nino el resultado de la nueva medición anual al no querer herirlo ni minar su autoestima.

Antonino Pérez es un pésimo actor cuyo disimulo es fácilmente percibido por su hijo, a quien comunica su decisión de manera resignada pero también con inquietud pues es consciente de la situación delicada que viven en el cuartel a causa del pasado familiar, una desconfianza que bien pudiera haber mitigado el ingreso de Nino en el cuerpo de la guardia civil. Contrariamente al comportamiento que su padre adopta habitualmente, en este pasaje se muestra locuaz; es más, no manifiesta ningún reparo en reconocer su complejo de inferioridad ya que proyecta en su hijo las expectativas soñadas. En suma, Antonino se siente orgulloso del talento de Nino.

Este, a diferencia de su padre, es un consumado actor capaz de fingir con intención de no defraudar a su familia. Nino opta por el sacrificio de sus sueños con tal de ver satisfecha a su familia, con tal de ver contento a su padre. Es un buen hijo, obediente, humano y generoso, que antepone sus sentimientos familiares a sus propias ilusiones, que ahora ve frustradas.